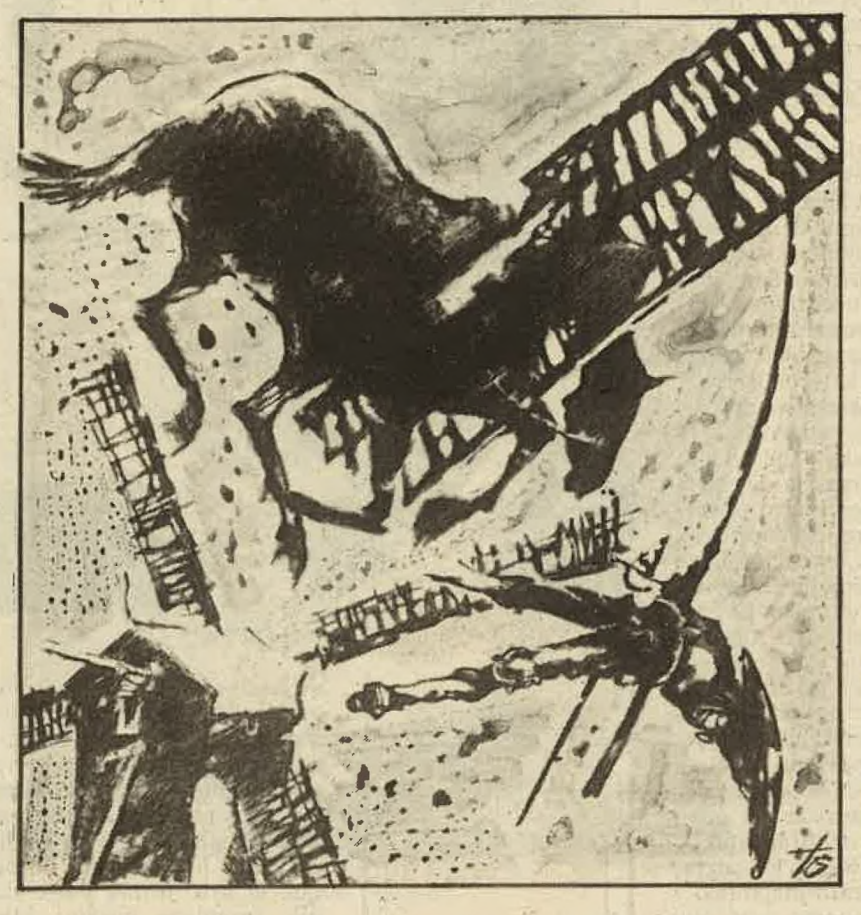
■ Coincidiendo con el estreno en TVE de la serie «El Quijote» de Gutiérrez Aragón, la ensayista Concha Zardoya escribe sobre este clásico de la literatura

M I L I B R O F A V O R I T O

Don Quijote de la Mancha

CONCHA ZARDOYA



LAS obras literarias maestras poseen una constante *energía:* en ellas existe una actividad permanente que transforma la potencialidad en actualidad. Tal es la virtud de *Don Quijote de la Mancha,* primera novela moderna. Su héroe se va haciendo ante nosotros, impulsado por su energismo ético, por su anhelo de auto-realización. Se va haciendo ante nosotros desde su *humanitas* o proyecto objetivo de ser. Don Quijote se levanta contra la tesis escolástica del *«Operari sequiter esse»* para afirmar con sus actos lo contrario: *«Esse sequitur operationem».* Somos hijos de nuestras acciones. El dirá: «cada uno es hijo de sus obras» (I, cap. IV). Ya lo había adivinado Aristóteles en su *Etica a Nicómano.* El ser no antecede al obrar sino que se forja en él. Por eso podrá afirmar don Quijote: «Yo sé quién soy» (I, cap. V), cuando ya ha actuado como caballero andante. No habría dicho lo mismo antes de salir en busca de aventuras y a cumplir su misión redentora, cuando sólo era el hidalgo Alonso Quijano. El héroe cervantino sintió nuestro colectivo *querer ser* de hoy, dueño de libertad para *hacer* y, por tanto, *ser.*

La «existencia» no es idéntica a la «esencia», su correlativa metafísica. La conciencia es influida por el sistema nervioso, por la nutrición, por el ambiente, por toda clase de aconteceres: está subordinada a nuestra experiencia vital y le afectan todas las cosas en su dinámica interconexión. Está expuesta al cambio y, en consecuencia, se halla siempre en un proceso de auto-transformación en el que actúan factores interiores y exteriores. Don Quijote es —para mí— un héroe existencial porque Cervantes nos muestra su modo de ser en su interacción con las cosas y los hombres: su esencia sometida a los accidentes, el estado de su ser actual, la condición de su objetividad. En su novela, Cervantes desarrolla ante nuestros ojos, ante nuestra propia existencia, lo que don Quijote va experimentando. Así, escribe la historia epistemológica de su héroe y también su historia psicológica: cuanto le ocurre en un tiempo y en unos lugares dados. Y ambas historias se alzan ante nosotros con suprema verdad y realidad. De ambas emerge la *existencia* de don Quijote, confrontándose con la nuestra.

Miguel de Unamuno cree en «el hombre de carne y hueso». No otro es don Quijote para él, jamás ente de ficción. El escritor vasco —es notorio— usa la novela personal y ontológica como un método de conocimiento. De la misma manera Cervantes se «conoce» en don Quijote y, al narrar su historia, indaga en la sociedad de su tiempo, sondea las almas de sus contemporáneos, juzga los hechos históricos de su época y del pasado, satiriza con humor generoso, filosofa ejemplarmente. Sus ironías, sus paradojas, sus ambigüedades, apuntan al más hondo sentido de la vida humana.

El héroe cervantino se crea, se hace a sí mismo, a medida que va viviendo ante nosotros. Se ha propuesto ser caballero andante y nuevo «evangelizador» de su patria. Pero la vida —con sus obstáculos, engaños y burlas— le cambia muchas veces lo que ha decidido hacer. La apariencia y la realidad de los seres y las cosas están continuamente interponiéndose entre lo que él quiere y lo que logra. En ocasiones, la culpa es suya o de Sancho, de la maldad o del error humano. Ha querido ser caballero andante, pero le vence Sansón Carrasco y ha de cambiar el plan de su vida regresando a su aldea. En el camino, piensa que se hará pastor; pero cuando llega a su casa, no le resta sino morir. Soñó regresar triunfante y vuelve apaleado la primera vez, encerrado en una jaula la segunda, vencido y humillado la tercera. Su vida humana se hace y se deshace ante nosotros para dejarnos fama de «bueno» y una herencia de virtud. El azar ordena y desordena, corrije y altera el proyecto vital. Porque así es la vida. Sólo por esto la gran novela de Cervantes es una representación del vivir humano español y universal: nuestro. El perfil humano de Don Quijote sólo aparece con claridad al final de su propio dinamismo, nunca al comienzo. Cervantes crea una expectación, un sostenido interés. ¿Qué hará su héroe? ¿Logrará ser don Quijote el caballero que se sueña? La vida —por ventas, caminos y palacios— le guarda sorpresas. Estas le irán conformando, cambiando, madurando y —en la Segunda Parte— interiorizando. Se adapta, reacciona con ira o con mansedumbre. Los acontecimientos van modelando su vivir y construyendo su historia e intrahistoria. Vemos cómo don Quijote se crea desde dentro y desde las cosas. Su realidad radical —como la nuestra— es mutua dependencia, mutua inmanencia. La idea orteguiana «Yo soy yo y mi circunstancia» es un claro ingrediente de la vida quijotesca que inspiró las *Meditaciones del Quijote.* Cuando éste afirma «Yo sé quién soy», sabe que es un hombre con voluntad bastante para realizar lo que se ha propuesto hacer y ser, pero las circunstancias van a afectarle diariamente —descalabros, vencimientos, burlas, mentiras de Sancho y otros personajes—, obligándole a cambiar poco a poco su concepto de la realidad (aunque no su bondad). Recordemos que al principio las ventas eran para él castillo; después, asediado por la duda, ventas *o* castillos; finalmente, *verdaderas* ventas. Desde un idealismo extremado evoluciona a una completa aceptación de la realidad objetiva, pasando por la transición de la duda o del pacto subjetivo-objetivo.

Don Quijote es mi libro favorito —en grado máximo— porque, inexhaustivo y vigente, «traspasa» su época. Su trama existencial entreteje ideas, vidas, costumbres, sucesos e historia en un inacabable tapiz que fluye dinámicamente a un más allá sin término.

Bosques en llamas

•••

Pero una cosa es criticar el presente y el pasado y otra muy distinta situarse en el plano de una falsa modestia —los buenos críticos, decía en otra de sus obras, son todavía más efímeros que los malos libros— para mirar desde él al más allá: los límites de nuestro lenguaje —dice, contradiciendo a Wittgenstein— no son los de nuestro mundo. Una frase siempre significa más. Lo semántico es inconmensurable. Para conocer la gramática de la poesía es necesario ser también sensible a la poesía de la gramática. La desconstrucción aisla el texto de sí mismo. Las palabras sólo se refieren a otras palabras, son el único material de la escritura, definen cosas pero no son esas cosas. Steiner, siguiendo las directrices de la post-palabra, una aceptación que rompió las tradicionales relaciones entre la palabra y el mundo, define nuestra época como la era del epílogo. Ello le conduce a una extraña reflexión: la «ausencia real», la búsqueda del vacío, la conciencia dividida del hombre moderno, el reconocimiento de la desaparición del «otro» —el «Je est un autre» de Rimbaud—, no es más que otra forma de fe. Incluso, toda la teoría psicoanalítica de los movimientos de la necesidad y el significado es arrojada al fuego por Steiner: «Las revelaciones sacadas a la luz por la excavación psicoanalítica de las formas estéticas y poéticas constituyen ficciones y escenarios míticos. Yendo más allá, se podría observar que el dogma de verticalidad en todas las lecturas psicoanalíticas, la apuesta sobre la autenticidad de las profundidades, no responden, son irresponsables ante las numerosas categorías de la literatura y las artes.»

No sé hasta qué punto era necesario escribir un libro de trescientas páginas para desvelar un secreto conocido por todos: la literatura es un viaje al interior de las preguntas últimas. El problema es reducir a un sencillo discurso teológico ese amplio territorio en el que el conocimiento y la memoria, la realidad y las metáforas, el deseo de comunicación y la necesidad de aprendizaje se constituyen en materiales de la escritura. Cuando se encuentra ante su propia pregunta acerca de los casos de Kafka, Beckett o Paul Celan, Steiner resuelve el problema con un filosófico recurso al «estar allí ausente» que, desde luego, le habría hecho muy poca gracia al Joseph K. de Franz Kafka si alguien se lo hubiese contado pocos segundos antes de ser asesinado en nombre de la más absoluta nada.

◤ LIBROS
Suplemento semanal de Diario 16

■ **EDITOR:** Juan Tomás de Salas ■ **DIRECTOR:** Justino Sinova ■ **EDITOR EJECUTIVO:** César Antonio Molina.
■ **Coordinación:** Benjamín Prado. Amalia Iglesias. ■ **Consejo editorial:** Pedro Almodóvar, Eduardo Arroyo, Bernardo Atxaga, Ricardo Bada, Victoria Cirlot, Angel Crespo, Alvaro Delgado Gal, Tino Gatagán, Ignacio Martínez de Pisón, José Antonio Millán, Mercedes Monmany, Soledad Puértolas, Arturo Ramoneda, Julián Ríos, Javier Ruiz, Miguel Sáenz, Santos Sanz Villanueva, Severo Sarduy, Ilan Stavans y Enrique Vila-Matas.
N.º 161. **Ilustraciones:** *Tino Gatagán* (I y VIII). ■ **Fotografías:** *José Manuel Moya* (II). ■ Servicio de colaboración en exclusiva para España: **Vuelta** (México), **Jornal de Letras, Artes e Ideias** (Portugal), **The New York Review of Books** y **The Review of Contemporary Fiction** (Estados Unidos), **La Quinzaine Littéraire** y **Magazine Littéraire** (Francia), **Leggere** (Italia), **Akzente** (Alemania), **Al Karmel** (Países Arabes) y **Babel** (Argentina).